

# **Padre y destinos del padre.**

## **La neurosis, privilegio humano y sobrevivencia de los tiempos originarios \* \*\***

François Villa

Es un honor tomar la palabra frente a ustedes hoy.

Les pediría que se identifiquen con Stephen Jay Gould, por mi lado lo haré con uno de los numerosos interlocutores del período en el que aquél escribía *Ontogeny and phylogeny*. Apagaré entonces el micrófono, quitaré la tribuna y en un apartado les diré en voz baja: “Entre nosotros, creo que finalmente hay en todo esto algo de cierto”. Si yo fuera prudente, me bastaría con esta confidencia y me volvería a mi casa.

### **Destinos individuales y colectivos intrincados en el enigma de la servidumbre voluntaria**

En el corazón de mi trabajo hay, por una parte, una interrogación sobre nuestra capacidad para salir de la servidumbre voluntaria, para liberarnos de la autoridad paterna y, por otro lado, una tentativa para entrelazar indisolublemente psicología individual y psicología colectiva, trabajo de la cura y trabajo de la cultura.

¿Puede pensarse esta cuestión de la servidumbre voluntaria desde la experiencia y la teoría de la transferencia organizándose en una neurosis en la cura? La transferencia y su difícil “liquidación” ¿es una

\* Trabajo arbitrado.

\*\* Conferencia dictada en la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires el 5 de noviembre de 2013.

Traducción realizada por Juan Gennaro. E-mail: [juan.gennaro@yahoo.com.ar](mailto:juan.gennaro@yahoo.com.ar)

de las figuras de esta servidumbre? Entre las finalidades del análisis ¿no está este objetivo liberador? ¿Podríamos sostener que esta servidumbre voluntaria no interviene de ninguna manera en nuestros cursos de formación y en el funcionamiento de nuestras instituciones psicoanalíticas?

Me refugiaré una vez más en la autoridad de Freud, de la que no estoy totalmente liberado. Éste escribe, en una carta a René Laforgue del 7 de Febrero de 1928:

“Cómo se instaura la disponibilidad a la cultura, sería un tema de discusión en sí mismo. Por cierto estoy de acuerdo con usted: esto no podría efectuarse de una manera solamente racional, es decir, que la única manera racional sería evocar los lazos afectivos que se relacionan con esta finalidad. ¿Nuestro psicoanálisis es susceptible, más allá de una inmensa acción indirecta en ese dominio, de ejercer igualmente una acción directa? Me extraña a veces que los analistas mismos no sean radicalmente modificados por su comercio con el psicoanálisis”.<sup>1</sup>

Once años antes de interrogarse, en “Moisés y el monoteísmo”, sobre el asombroso pacto que el progreso ha concluido con la barbarie,<sup>2</sup> quedan propuestos los términos de la intranquilidad que suscita la fragilidad del trabajo de la cultura y del trabajo de la cura. En efecto, comprender cómo se instaura la disponibilidad a la cultura deviene un problema agudo en la medida en que constatamos que los analistas no son, desde ese punto de vista, radicalmente modificados por su comercio con el análisis. Según Freud, sólo faltaría evocar a Eros para establecer los lazos afectivos que favorecen el trabajo sublimatorio de derivación de los fines sexuales directos.<sup>3</sup> Queda, sin embargo, la cuestión de saber

<sup>1</sup> S. Freud a R. Laforgue, 5-2-1928, trad. P. Cotet y A. Bourguignon, con la colaboración de J. Altounian, O. Bourguignon y A. Rauzy, en NRP, *Mémoires*, 1977, 15, Paris, Gallimard, 292.

<sup>2</sup> Freud, S. (1939) “Moïse et le monotheisme”, traduit par A. Berman, 1948. Paris, Gallimard, 1948.

<sup>3</sup> Esta idea será retomada el año siguiente en la frase de conclusión de “El Malestar en la Cultura”.

si el psicoanálisis puede tener una acción directa en ese dominio y en relación a la acción indirecta, tal vez ésta no sea tan eficiente como lo deseamos. Es necesario recordar que, once años más tarde, en la Francia ocupada, R. Laforgue, innegablemente un hombre de cultura, no supo trazar una línea clara de separación, al punto que es, aún hoy, difícil establecer si colaboró activamente en el pacto concluido entre el progreso y la barbarie, si se contentó con una actitud pasiva o si se opuso<sup>4</sup> Sea como sea, esto forma parte de nuestro legado.

“Moisés y el monoteísmo” constituye un auténtico tratado de psicopatología psicoanalítica; sólo en apariencia se aventura en otro terreno, es en realidad una tentativa de pensar los límites del método psicoanalítico frente a los obstáculos que se oponen al progreso de la cura. Es estableciendo una concordancia entre lo que está en el fundamento de la fragilidad y lo inacabado en los procesos de individuación y de civilización, que se desarrolla este estudio que conforma, con los diferentes textos contemporáneos, nuestro legado. Una concordancia casi perfecta se establece entre las manifestaciones residuales del trabajo psicoanalítico y las del proceso cultural. Recordemos algunas de esas manifestaciones residuales. En el campo individual, serán consideradas como sentimiento inconsciente de culpabilidad, masoquismo originario, reacción terapéutica negativa, factor cuantitativo excesivo, beneficios secundarios, autocratismo de la persona, rechazo de la pasividad. En el campo social, se las reconocerá como malestar inherente a la civilización, parte de hipocresía propia al proceso de la cultura, narcisismo de las pequeñas diferencias, propensión voluntaria a la servidumbre, compulsión a vivir individualmente por encima de sus posibilidades reales.

Las escorias de los dos procesos provienen de una misma causa que les es inherente y que permite “establecer una unidad insospechada entre series de fenómenos hasta aquí separados”.<sup>5</sup> Tal es el axioma desde el que va a forjarse una reconstrucción de esta causa que no

<sup>4</sup> E. Roudinesco lo blanquea hablando de colaboración fallida y A. de Mijolla, sin poder decidir firmemente, aporta numerosos documentos que comprometen sin duda el honor de nuestro colega.

<sup>5</sup> Freud, S. (1913) “Totem et Tabou”, in *Œuvres complètes*, Vol. XI, pp. 189-387, PUF, Paris, 1998.

pretende ser una verdad revelada. Apunta solamente, sin pretender ser la verdad de la historia, a acercarse de manera verosímil permitiendo pensar sobre bases no demasiado erróneas.

Una observación: pensar desde su comunidad de origen no anula las diferencias que existen entre proceso individual y proceso colectivo subsumiéndolas en un proceso único. La psicología individual sólo puede ser comprendida, sin embargo, a partir del develamiento de las condiciones que permiten su emergencia desde esta psicología de las masas en la que el psiquismo se precipita originariamente. El “Moisés” refuerza lo que “Psicología de las masas y análisis del Yo” había formulado ya. La psicología individual del padre de la horda y la psicología de masas de los hermanos están, desde el origen, presentes y activas en la psicología del psiquismo humano. El colectivo está “de entrada y simultáneamente presente en lo individual, está en el centro (cœur) de lo individual. La tensión de su cohabitación es una de las fuentes de la conflictualidad inherente a la vida psíquica.

Es extendiendo al desarrollo de la cultura su fórmula del desarrollo de la neurosis que Freud llega a esta ficción teórica. Recordemos esta fórmula: “un proceso sexual agresivo en el que el incumplimiento por inhibición constituye un trauma precoz” –la defensa contra ese proceso– su puesta en latencia –la erupción de la enfermedad neurótica durante un retorno parcial de lo reprimido.<sup>6</sup> Un manojito de indicios conduce a plantear la cuestión del padre en el centro del proceso sexual agresivo. Esta cuestión se presenta como la roca de origen en la que toman, por cierto, su punto de partida uno y otro proceso, pero sobre las que viene igualmente a naufragar.

Esta hipótesis, lejos de resolver la cuestión paterna, la constituye en enigma. Lejos de ser la última palabra de la historia individual y colectiva, engendra un interrogante: ¿cómo se ha construido la figura del padre y su tan alta valencia psíquica? Tomar en cuenta las manifestaciones residuales nos enfrenta al hecho de que las ganancias tanto en el trabajo de cultura como en la cura psicoanalítica son menos

<sup>6</sup> Freud, S. (1939) “Moïse et le monotheisme”, in *Œuvres complètes*, Vol.XVII, PUF, Paris, 1998, p. 159.

grandes que lo que habíamos creído inicialmente. La fuerza de lo primitivo, de lo arcaico, de la destructividad, de la que hay que admitir su sobrevida activa en lo cotidiano, hace emerger en nosotros el obscuro presentimiento que no hay gran cosa, tal vez, en la estructura del hombre que lo predisponga a renunciar naturalmente al padre.<sup>7</sup>

La relación al padre ¿pertenece psíquicamente a aquello que puede conocer modificaciones o a aquello que pertenece a lo inalterable? ¿Podemos tener alguna esperanza de escapar a la lógica de la eterna restauración del padre en sus derechos al mismo tiempo que éstos le son denegados? Podemos guardar la esperanza de que, a pesar de la sobrevida en nosotros mismos de lo primitivo, el psiquismo disponga también de recursos para evitar el retorno de la barbarie en la cultura.

La reflexión freudiana acoge esta eventualidad y se pregunta si esta constitución es susceptible de ser modificada por los acontecimientos del presente y por el trabajo psíquico. La técnica psicoanalítica debe permitir distinguir dos dimensiones de lo real por la acción del trabajo psíquico. Una le resiste irreductiblemente y escapa a su manejo y puede designársela, siguiendo a Aristóteles, como lo que no puede ser de otra manera. La otra: Lo que es pero que puede ser también de otra forma, le resiste, pero el trabajo psíquico puede tener una acción sobre ella. Nuestro trabajo cotidiano demuestra que esta distinción no se adquiere de una vez para siempre. Nuestra responsabilidad consiste en tener que decidir, casi en cada instante de la cura, si estamos en presencia de elementos que pertenecen a una o a otra de estas categorías.

### **La independencia del procedimiento psicoanalítico**

Pero antes de avanzar más lejos, con la esperanza de evitar un debate estéril sobre la posibilidad, o no, de la transmisión de caracteres

<sup>7</sup> El lector habrá reconocido la frase de lo que Freud escribía a Binswanger el 28 de Mayo de 1911 (año en el que Freud se compromete en la elaboración que lo conduce a “Tótem y Tabú”): “no hay nada en la estructura del hombre que lo predisponga a ocuparse del psicoanálisis”. Sostendremos que esas dos no-predisposiciones son estructuralmente de la misma naturaleza. Cf. Freud S, Binswanger L., *Correspondencia 1908-1938*, Paris, Calmann-Lévy, 1995, p. 134.

adquiridos por una generación, trataré de precisar mi procedimiento epistemológico. Les pediría que presten atención en la discusión, al igual que en vuestra crítica, a la validez analítica de este procedimiento más que al hecho de creer o no en esta transmisión.

Definiré de la forma siguiente el substrato metodológico del “Moisés”: “Sé bien que los hechos biológicos parecen invalidar la hipótesis de la transmisión de los caracteres adquiridos. Estoy, sin embargo, obligado inevitablemente a cometer esta audacia ya que encuentro hechos psíquicos, tan reales y consistentes, que insisten y persisten como manifestaciones residuales del trabajo psicoanalítico. No lograremos dar cuenta de ello sin una hipótesis de ese tipo. Hay actualmente un desacuerdo en ese punto entre el psicoanálisis y la biología, tomo nota de ello y me remito al futuro que traerá tal vez datos que arrojarán una luz nueva sobre esta divergencia de puntos de vista”.

### **El retorno de lo reprimido**

El “Moisés” propone el proceso de retorno de lo reprimido como principio activo por excelencia del proceso de civilización y del proceso de individuación. La memoria es un proceso temporal, una función adjunta a las huellas mnémicas y no esa pausa sobre la imagen que constituye la fijación al recuerdo. La memoria es ese proceso en donde la exhumación de los restos del pasado inmemorial, de lo infantil, se efectúa desde los restos del día pasado, los restos de la vida cotidiana.

En ese proceso, lo pasado y lo cotidiano se reencuentran uno con el otro, poseyendo sus huellas la misma actualidad en los sistemas de inscripción mnémica. Este proceso resulta ser demasiado rápido para formularlo sin explicación. Las huellas del presente más reciente y las del pasado más lejano pertenecen, desde el punto de vista de su inscripción, a sistemas que no se organizan en función del orden temporal sino el de la simultaneidad, de la semejanza, de la contigüidad, etc. La percepción excluye la memoria y en consecuencia el tiempo, es inmediata. Infantil y cotidiano están en espera de sentido, en poder de sentido. Su conjunción los pone en acto en la producción

de sentido que constituyen las formaciones significantes tanto individuales como sociales.

La proeza del psicoanálisis consiste en sostener que el pasado, del que subsisten en nosotros huellas, no depende de la temporalidad corta que caracteriza la vida individual, sino de la temporalidad larga propia de la evolución de las especies. Llevaríamos en nosotros huellas no solamente de las impresiones más precoces de nuestro pasado personal sino también de aquellas impresiones que, en el curso de la historia, han especificado al género humano. Seríamos portadores de una herencia arcaica que, antes que toda experiencia personal de vida, actuaría como “una suerte de saber difícilmente determinable, algo como una preparación a comprender”.<sup>8</sup>

Algo ha ocurrido en el pasado que no es todavía pasado en la historia aún si es motor de historización y algo ha ocurrido en lo cotidiano de la vida que excede toda crónica del día transcurrido. Algo ha doblemente ocurrido entonces, cuya verdad histórica nos escapa y exige construir y perlaborar para entrar en la historia.

Proponer el retorno de lo reprimido en el corazón tanto de la vida individual como colectiva, invalida la separación clásica entre psicología individual y psicología colectiva. Esto da al olvido el alcance de una acción decidida contra el pasado, de una acción que impide constituirse en pasado y que lo transforma en reminiscencia. Es decir algo que está en búsqueda de una descarga, en donde sus contenidos, de manera ciega, serán actualizados, de manera deformada, en la repetición actuada. La posibilidad misma de la comunidad se funda en este olvido que constituye el terreno a partir del cual de cada individuación y toda cultura expresa uno de los destinos posibles.

De la misma manera que no hay separación establecida entre lo individual y lo colectivo, tampoco la hay entre el pasado y el presente. El trabajo del historiador trata de distinguirlos mientras que el psicoanalista, en su práctica, toma nota que tanto el presente como el pasado, al igual que lo colectivo y lo individual, están imbricados uno en el otro, uno repitiendo al otro, uno realizando siempre por primera vez al

<sup>8</sup> Ibid.

otro en un juego de equívocos, *de qui pro quos*. Para el psicoanalista, nada es jamás uno u otro sino siempre uno y otro.

Progreso individual y colectivo serían solamente el resultado de una modificación de la relación con este olvido. Pero en el fundamento del aparato psíquico existe una amnesia estructural que no podrá ser superada por ninguna rememoración. De allí procede la obligación de recurrir a la operación de la construcción. Para pensar, tendremos que utilizar una ficción que ocupará el lugar de la memoria en relación a aquello que debe quedar en el olvido porque tiene que ver con esta amnesia estructural. Porque todo concuerda indicando que el padre está en el centro de algo que ha acontecido, la ficción deberá necesariamente explicitar el lugar que tiene en la vida de todo hombre, sea cual fuere su género y en la estructuración de toda sociedad.

### *Entgegenkommen*

En el “Moisés”, surge un verbo: *entgegenkommen*, en la discusión sobre la tradición. Este verbo lo reencontramos bajo una forma substantivada en la noción de *somatisches Entgegenkommen*, traducida en francés como *complaisance somatique* (complacencia somática). Ubicar esta noción en el “Moisés” me condujo a sostener que el *entgegenkommen* es un proceso determinante para comprender el modelo de la serie complementaria y lo que se produce en el período de latencia.

Recordemos la pregunta del “Moisés”: “¿bajo qué forma está presente en la vida de los pueblos la tradición eficiente o activa?” A nivel individual, esta interrogación está regulada por la existencia, en el inconsciente, de las huellas mnémicas del pasado. A nivel colectivo, es más difícil tratarla. No es posible contentarse con sostener que la tradición se apoyaría en el recuerdo de las comunicaciones orales de los participantes y testigos oculares del acontecimiento o de sus descendientes inmediatos. Tal transmisión es posible solamente durante dos o tres generaciones, es difícil concebirla cuando implica varios siglos. En ese caso, es necesario imaginar que se trata de un círculo cada vez más estrecho que continúa dando testimonio fielmen-

te de lo que aconteció en el pasado mientras que la amnesia gana a la inmensa masa del pueblo. El problema es entonces explicitar las condiciones y mecanismos que permiten que “ese saber que no pertenece ya a todo un pueblo” pueda adueñarse efectivamente del conjunto del pueblo, reactualizándose como un saber compartido. Freud avanza una hipótesis: “Parecería, sin embargo, que debería más bien estar presente en la masa ignorante algo que, de una manera u otra, se emparenta con el saber de un pequeño número y que viene a su encuentro (*entgegenkommt*) cuando es expresado”. Este algo que viene al encuentro del presente es designado como herencia arcaica. La tradición emerge de la conjunción de la herencia arcaica y de ciertos acontecimientos históricos actuales que la reactualizan. Es la forma destinada en la cultura al retorno de lo reprimido gracias a las contingencias de la vida. Y podríamos avanzar que los acontecimientos del presente escaparían infinitamente al sentido si, desde del pasado más arcaico, no viniera a su encuentro una herencia inherente a la constitución humana, donde el lenguaje reencuentra las fuentes de la significación. La teoría implícita del proceso del *Entgegenkommen* es la idea freudiana que todo apremio (*contrainte*), antes de devenir interno, ha sido, históricamente, un apremio externo.

La noción de *Entgegenkommen* convoca un doble movimiento de venir al encuentro: en ocasiones, es del interior del individuo que algo de actual viene al encuentro de los incidentes del presente y en otras, es algo del presente de la vida cotidiana que va al encuentro de lo más primitivo del alma. Es solamente en ese doble movimiento donde el pasado prehistórico, lo infantil, va al encuentro de ese pasado que adviene, lo que llamamos el acontecer psíquico y donde emerge la posibilidad del sentido, de la historia, de la temporalidad subjetiva y colectiva.

El paradigma de ese proceso es el de la formación del sueño que resulta de la conjunción de los deseos inconscientes y de los restos diurnos.

### **¿Qué es el padre? ¿una base impersonal?**

En el centro de la vida psíquica, el padre sería esa base o terreno impersonal que tiende a reactualizarse en el retorno de lo reprimido y que, en el proceso del *Entgegenkommen*, espera, como las sombras del Hades, la sangre nueva que traen los accidentes cotidianos, para adquirir una mayor presentabilidad. Ese fondo impersonal está en el principio de la vida psíquica y la memoria es la función que se le adjunta.

Bajo la utilización monoteísta del singular, que califica al padre, se subsume, en realidad, una pluralidad de figuras: padre de la horda, padre de la prehistoria personal, padre de la realidad, padre de la ley... que, todas, nos hablan del padre que no es reductible a ninguna de ellas.

La tentación de aislar cada una de las figuras es grande, con la finalidad de reducir este pluralismo del padre, tratando de distinguir las radicalmente. La tentativa de Lacan de distinguir el padre simbólico, el padre imaginario, el padre real ¿no participaría de esta voluntad de pseudo-clarificación? Al querer distinguir demasiado, ¿no estaríamos amenazados de querer separar tajantemente lo que en la realidad psíquica, debemos soportar como figuras inextricables del padre? ¿No nos alejaríamos de la dimensión ambigua del padre que es una fuerza a la vez centrípeta y centrífuga, organizadora y desorganizadora, ligante y desligante? Hay algo desmedido en ese padre que es la base desde la cual se da una medida al mundo. El padre de la horda representa este aspecto desmedido de lo sexual frente al cual sólo responde lo desmedido siempre actual de nuestro sufrimiento frente a lo sexual. El padre trae en sí un riesgo melancólico de inhibición mayor y la amenaza maníaca de una desinhibición.

Para salir del desconcierto no nos contentemos con decir que el padre de la horda no es todavía el padre que, en sentido cultural, engendra la función paterna. Recordar que no ha entrado todavía en el proceso de humanización que abrirá su asesinato, no resuelve el enigma que él representa como núcleo de la vida psíquica. El padre representa el indestructible infantil cuya liberación destruiría todos

los *ersatz* que Eros ha sintetizado, abriendo de esta forma el camino, más allá del principio del placer.

Hay que tomar la medida de lo desmedido que el psicoanálisis introduce en la noción de idealización reconociendo que sus fines no apuntan solamente a la elevación sino también a la restauración de los estados más primitivos del psiquismo. De allí el malestar inherente a la cultura. Pero, también de allí la esperanza que el psiquismo dispone de recursos para pensar y sobrepasar esta barbarie que, escondida en nosotros, está siempre lista a desencadenarse sobre el mundo. El padre de la horda no es el padre de la función paterna, pero es la figura desde la cual se constituye esta función. Los padres que nacerán de su asesinato solamente lo devendrán renunciando a encarnar ese Yo Ideal del cual él es una figuración. Esos padres soportan esta función, estando atravesados, desgarrados por la tensión superyoica entre la *Vatersehnsucht* y las exigencias de las prohibiciones edípicas.

De allí proviene, no el poder que están siempre tentados de usar mal, sino una autoridad que soporta la distancia inherente a la función del Ideal del Yo. En efecto: en el Ideal del Yo, el Yo Ideal empuja a la restauración de un padre por una identificación que permitiría decir “soy el padre de la horda” y es por ello que por otro lado “soy también el pecho”. Digo *decir* desconociendo el hecho de que esta identificación haría que se perdiera el recurso que constituye el lenguaje para los exiliados que estamos supuestos permanecer.

Si el Yo Ideal tiende siempre a actualizarse —ésta es la *Vatersehnsucht*—, el Ideal del Yo sufre las modificaciones del proceso cultural ya que se inscribe en la temporalidad de un desarrollo. El apremio al renunciamiento forma también parte de las funciones del Ideal del Yo. El Ideal del Yo nos reclama ser inhumanos como el padre de la horda y nos prohíbe de serlo exigiendo de nosotros ser padres humanos. Los padres, nacidos de la humanización, deambulan en un abanico que los hace oscilar entre la tentación de ser el lugar de la reencarnación del padre de la horda y la amenaza de ser un padre improvisado, incompleto, de “morondanga”.

### **¿Por qué el padre debe ser colocado al comienzo?**

¿Por qué el comienzo no puede concebirse más que desde un acto?  
¿Y por qué es necesario además que este acto no sea solamente psíquico e individual sino igualmente una efectiva acción colectiva sobre el mundo?

Sabemos que Lacan propone substituir el goethiano “Al comienzo era el acto” por el johannico “Al comienzo era el verbo”. Estos aforismos no significan lo mismo aun si se recuerda que la palabra es un acto. Esta diferencia tiene consecuencias sobre la técnica de la cura. A lo que Freud apunta, retomando la fórmula de Goethe, es a las condiciones de la entrada del hombre en el lenguaje, es decir, en la lógica del diferir, de la substitución, del desplazamiento, del exilio en relación a la inmediatez. El punto común de las dos fórmulas es que tanto el lenguaje como el acto anudan inextricablemente lo individual y lo colectivo. El punto de distinción es que para Freud, al contrario, tal vez, de Lacan, es que el acto del asesinato que constituye el fondo común donde nacerá la lengua cuya evolución será luego sometida a lo aleatorio de la historia colectiva e individual, que no cesará de modificarla. Lacan piensa luego del asesinato, Freud trata de captar los motivos del asesinato que permanecerán, luego del asesinato, los motivos más actuales. Una pregunta: ¿Lacan pensaría sólo después de la humanización, como si ésta estuviera completada de alguna manera de una vez por todas, mientras que Freud pensaría, él, desde lo primitivo que, resistiendo a la humanización, hace que siempre debamos recomenzar?

Es asombroso que haciendo de la ficción del asesinato del padre un mito, Lacan sólo conserve el resultado: el padre muerto. No cesará de repetir que el padre está siempre ya muerto. Pero detrás de la predominancia del adjetivo muerto pegado al “padre”, lo que es atenuado, es el acto del homicidio y el papel de los actores del delito.

Procediendo de esta forma, es posible que uno evite las paradojas molestas que Freud no elude. Sí, el padre ha sido ciertamente asesinado por la coalición de los hijos. Pero este acto se reveló infructuoso para cada uno de los asesinos y es el resultado de su incumplimiento

(fracaso) lo que funda los inicios de la historia. Que haya sido comido no significa que haya tenido lugar ese trabajo de sepultura que separa a los vivos de los muertos y hace posible la labor de la rememoración que vuelve vivo-presente en el psiquismo, el muerto-desaparecido-ausente. El padre asesinado no termina de ser digerido a pesar del consumo del que ha sido objeto.

El olvido del asesinato tiene por consecuencia el olvido del muerto cuyo embrujo amenaza, de pronto, todas las transfiguraciones que le hacemos sufrir para intentar borrar las huellas del delito. El padre desmembrado por los hijos durante el festín canibalístico espera siempre esta segunda muerte que lo separará efectivamente del mundo de los vivos. Esta segunda muerte se realiza en el *a posteriori* (*après coup*) que convoca el retorno de lo olvidado: el gesto que produce el poeta épico constituye el paradigma del esfuerzo que nos resta hacer para que el asesinato salga del olvido ancestral e individual y que reconozcamos en nosotros mismos al asesino que somos, no potencialmente, sino efectivamente.

### **Un hombre solo, eso no existe**

Prolongando el aforismo de Winnicott, sostendremos que, al igual que un bebé, no existe un hombre solo. Desde antes de su entrada en la historia, el hombre, sin ser todavía un *zoon politikon* ya lo es sin embargo de manera embrionaria en tanto animal que sólo puede vivir en la horda. La ficción propone que este animal no premedita ni postmedita, sino que actúa para descargar la pasión pulsional que, periódicamente, lo excede.

El primado del hacer en los estados primitivos del psiquismo involucra los dos principios que determinan, según Freud, la progresividad de los cambios: la adaptación del cuerpo y la transformación del mundo exterior (autoplasticidad y aloplasticidad).<sup>9</sup> Lograr la satisfacción tiene por objetivo y por efecto el producir una modificación del propio cuerpo, ésta es solamente posible después de la

<sup>9</sup> Es en una carta a Abraham del 11 de Noviembre de 1917, que precisa esos dos principios.

modificación del mundo que, encontrando el objeto sexual o el objeto alimenticio, la hace posible. Pre-sujeto y pre-objeto están ya allí antes de su instauración, todavía no suficientemente ligados pero ya inextricablemente intrincados. Es el fin del reino de lo inmediato que abrirá su instauración como tal, obligando al hombre a ensanchar su campo perceptivo y su campo de acción. El resultado será la entrada en esos procesos en donde el *pensar* puede substituirse al *hacer*: tiempo del principio de realidad y de su prueba, tiempo del proyecto, tiempo de la historia, tiempo del diferir que permite construirse singularmente desde la diferenciación con respecto a esos otros “humanos que se encuentran a nuestro lado sin que nada pueda abolir la extrañeza que nos mantiene juntos, separados”.

### **El incumplimiento (“inassouvissement”) en la base de la comunidad**

El embrión del colectivo que constituye la coalición de los asesinos se habría disuelto si los conjurados no hubieran suspendido la realización de los motivos de su acto. El colectivo nace para dar cumplimiento (*assouvir*) a la satisfacción del deseo, es la *Vatersehnsucht* que lo funda. El colectivo no perdura más que inscribiéndose en el tiempo de la historia que inaugura el incumplimiento de ese deseo al cual nadie renuncia definitivamente, pero que cada cual pospone para más tarde para no ser asesinado inmediatamente. Cada cual acepta más o menos bien las exigencias de la autoridad que instauró el renunciamiento a la inmediatez y lo hace aun intentando oponerse a través de la rebelión que expresan, entre otras, las psiconeurosis.

Estamos frente a una paradoja: el incumplimiento autoconservador, que refuerza la *Vatersehnsucht*, funda la comunidad y la mantiene, bien o mal, unida. La *Vatersehnsucht* hace nacer en nosotros, no solamente el ideal de una edad de oro primitiva y de futuros venturosos, sino igualmente, proyectos de modificación del mundo que, para poder ser realizados, exigen a veces también ese trabajo psíquico que, modificándonos, nos permitirá afrontar sólo un poco mejor las urgencias y necesidades de la vida.

La *Vatersehnsucht* constituye el fondo del alma humana y forma su

predisposición a la neurosis. Es la fuerza motriz que engendra las formas polimorfos de substitución que reconoceremos como siendo la historia de nuestra vida. Reconociendo a ese fondo impersonal su jerarquía de originario, avanzaría una propuesta. Es la potencialidad del retorno de lo reprimido lo que permitiría, tal vez, aclarar las creencias populares que dicen que los recién nacidos son los ancestros resucitados, su reencarnación; esas creencias se apoyarían en un núcleo de verdad que disfrazan. Propondría ahora que el recién nacido es, en la verdad histórica y en la realidad psíquica, la reencarnación del padre de la horda. Lo es durante todo ese tiempo que precede al advenimiento del *Hilflosigkeit* y que Winnicott ha descrito bajo el nombre paradójico de amor despiadado. El bebé es despiadado como lo era el padre de la horda, lo es sin odio y sin sadismo, ya que esos dos sentimientos implican una intencionalidad que no existe en ese estado originario donde sólo hay un objetivo: la satisfacción. El lactante tiene, vitalmente, una necesidad despiadada de la que no reconoce todavía como su madre. Bajo el imperio de esa necesidad, no se interesa en los efectos de su amor instintivo y no es todavía consciente de ese deseo cuyo incumplimiento (*inassouvissement*) devendrá el motor de su historia. Este estado será modificado luego no desde el *Hilflosigkeit* sino por la experiencia de satisfacción que ha sido posible por la modificación del mundo exterior que resulta de la intervención de una ayuda externa. Y encontramos la secuencia de los estados melancólicos y maníacos que seguirán al asesinato del padre y el alejamiento de los asesinos.

“*Hilflosigkeit* es el estado del ser humano que se siente abandonado, aislado, privado de todo socorro divino o no”.<sup>10</sup> Es en efecto, en ese momento de absoluta soledad y de agonía primitiva, que nace esa espera creyente que permitirá, por proyección, la transfiguración del padre primitivo en Divinidad. Esta experiencia de incumplimiento comporta en ella la potencialidad de entrar, desde el padre, en el proceso infinito de las transferencias. Esta virtualidad no será realiza-

<sup>10</sup> Freud, S. (1895-1940) *La naissance de la psychanalyse*, PUF, 1996, 7<sup>a</sup> Ed., “Esquisse pour une psychologie scientifique”.

da efectivamente más que por el auxilio que nos ofrecen los accidentes de la cotidianidad.

A ese momento melancólico originario sucede la fiesta maníaca que constituye el devoramiento canibalístico del pecho que traerá con ella la ayuda extranjera. En el festín, el pecho se substituye al padre. A defecto de gozar de la posesión sexual de la madre que poseía el padre, nos contentaremos con la satisfacción sexual oral que permite apropiarse, no del conjunto del objeto, sino, al menos por un tiempo, de una parte de éste. Luego, en el juego de la substitución, el pene podrá substituirse al pecho. Lo que está en juego, en efecto, en este estado primitivo, son las condiciones y las formas de entrada en la lógica de las substituciones a la cual obliga el diferimiento de la satisfacción. Imaginar al lactante, como siendo una reactualización *in vivo et in praesentia* del padre de la horda, permite entender que esta historia no concierne solamente a los pequeños varoncitos sino también a las pequeñas niñas. La cuestión del padre es el fundamento de la organización del Edipo en complejo, pero ella lo precede lógicamente y ella aclara de otra forma la cuestión de la bisexualidad como recurso constitutivo de los seres humanos.

¿El trabajo psíquico permitiría, acogiendo en mayor medida esta bisexualidad, escapar al recusamiento de lo femenino funcionando en los dos sexos? Y, si éste fuera el caso, ¿esto no representaría un paso hacia una liberación del padre?

Podríamos, en ese punto, preguntarnos cuáles son, en la práctica cotidiana del análisis, las consecuencias del hecho que el acto esté en el inicio. Dejo esto para la discusión esperando que ella permitirá volver a esta cuestión. Indicaré, sin embargo, una pista, que sería reinterrogar la función de la regla de abstinencia y las razones que hacen que haya en gran medida caído en desuso. Entre las razones que se evocan aparece la idea que habríamos hecho tales progresos después de Freud que los psicoanálisis irían mucho más lejos y tocarían tales profundidades que se habrían vuelto necesariamente más largos, lo que haría prácticamente imposible el mantenimiento draconiano de tal regla. Les propongo un cambio de perspectiva tomando en cuenta que es el abandono del carácter despiadado de la

abstinencia el que sería responsable, en gran medida, del alargamiento de las curas, tal vez el principal responsable.

Sigo creyendo que finalmente hay algo verdadero en la ficción de la herencia arcaica. Pero ya es tiempo de debatir(nos), entre creencia e incredulidad, para hacer un pequeño paso adelante.

Gracias por haberme escuchado.